

Mérida, a 30 de Mayo de 1.994

Excmo. Sr. D. [REDACTED]
[REDACTED]

28002.- Madrid

Querido [REDACTED]:

Ya no te voy a poder reñir por escribir en la 3ª de ABC, porque tu artículo "PSOE y/o SOCIALDEMOCRACIA" sintetiza una forma de pensamiento con la que, sin duda, nos identificamos muchos socialistas.

Es seguro que "a estas alturas, algunos quizás se hayan equivocado de partido" lo que ya no es tan seguro es si querrán persistir en su error.

Un fuerte abrazo.



Querido 

Ya no te voy a poder
recibir por escribir en la 3^o de ABC,
porque tu artículo "PSOE y/o SOCIALDE-
MOCRACIA" sintetiza una forma de
pensamiento con la que, sin duda,
nos identificamos mucho socialis-
tas.

Es seguro que "a estas al-
turas, algunos quizá se hayan esui-
vocado el partido"; lo que ya no
es tan seguro es si querrán permitir
su su error.

Un fuerte abrazo

Juan Carlos

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

QUÍZÁ en el lenguaje político haya pocas palabras más plurales que

la de socialdemocracia. Se extiende más allá de un siglo y a su través se intenta legitimar actitudes distintas y aun contrapuestas, cuando no antagónicas. Así denominaba Lenin a su organización todavía en vísperas de la Revolución de Octubre y así se llama la de centro-derecha, que dirigida por Cavaco Silva, preside los destinos de Portugal. Así se autocalificaban funcionarios del régimen anterior, abriéndose paso para su instalación en el siguiente, mientras lo mismo harían algunos que peregrinaron por prisiones antes de ser sus regidores. La palabra era escasamente utilizada en España mientras la vinculación partido-sindicato, que constituía uno de los caracteres fundamentales de la misma, alcanzó en nuestro país cotas elevadas subordinadas a un proyecto reformista al que el extremismo ácrata, como fuerte contrapunto, hacía todavía más atractivo.

En los diez últimos años del franquismo —cuando unos puñados de militantes esperanzados reconstruimos el PSOE que llegaría ilusionadamente hasta su penúltima etapa—, los contados, que así nos estimábamos, éramos sospechosos para quienes al levantarse se estimulaban con arengas de Rosa Luxemburgo, mientras al acostarse se aprestaban a soñar con mesiánicos levantamientos tercermundistas, tan emocionantes a distancia. Contrastando sus soflamas con las más directas de los comunistas a la búsqueda de una reconciliación donde cupieran desde báculos hasta martillos, contemplábamos con cierto escepticismo a tantos compañeros, los escasos que intuíamos cómo los mismos que no creían en la moderación de aquéllos tampoco daban fe a la virulencia de casi todos los nuestros. Eran los tiempos en que se afirmaba con indubitable certidumbre: «a nuestra izquierda no hay nadie».

Las primeras elecciones generales suscitaron razonables expectativas que nos llevaron en la oposición a plantear razonadas críticas y racionales propuestas. Los socialdemócratas nos íbamos sintiendo a gusto. Cada vez éramos más y, por lo tanto, íbamos saliendo de nuestra condición marginal sin necesidad de pedir perdón. Se iba imponiendo la idea de una economía mixta en que el sector privado conviviera y colaborase con una empresa pública atenta a las necesidades colectivas, y cuya producción de bienes o servicios constituyera ineludible compensación para quienes menos tenían. Debería ser gestionada con eficiencia para no perder dinero, o el menos posible. Aún no se santificaba la competitividad, como si los insecticidas debieran obtener los mismos beneficios que las cremas u otros objetos de embellecimiento personal. Para los socialdemócratas, un desarrollo equilibrado exigía el entendimiento entre sindicatos y empresarios. La Europa a la que aspirábamos nos enseñaba la ejemplar compatibilidad en la defensa de intereses específicos y el mantenimiento de un proyecto común del que había que excluir a los agiotistas que sólo pensaban en el dinero fácil. En el debate, ambos interlocutores comenzaban a percatarse de que los unos no eran solamente tercos reivindicadores, sino también hábiles negociadores, mientras que los otros perseguían, junto al irreprochable beneficio el crecimiento de

PSOE Y/O SOCIALDEMOCRACIA

una empresa cuya consolidación a todos interesaba. El dogmatismo económico, el «ésta es la única política posible», las rectificaciones que a veces se hacían por los mismos que una semana antes las descalificaban alegremente sin estar precedidas del debate en el que participaran los implicados, condujo a situaciones penosas. La izquierda ha criticado a los escritores encerrados en torres de marfil y a veces ha callado ante sus tecnócratas, que, guarecidos en ellas, embestían desde sus opacas ventanas con el bastón de mando. La exigente claridad de la socialdemocracia impone que no se solapen la ingeniería industrial aplicada a la producción y la ingeniería monetarista, suscitadora de la especulación.

La excesiva propensión a la segunda ha tenido derivaciones peligrosas. Una de ellas parece ser la inadecuada atención a la empresa nacional, respecto a la cual se ha de buscar un punto equilibrado entre el desguarnecimiento y el blindaje. La otra es la corrupción. Gentes situadas en la toma de decisiones, con tanta capacidad para comportarse como nuevos ricos como para agredirte si ponías en duda su honestidad, han proyectado sobre nuestra historia partidaria su empodrecida sombra.

Pero individualizados comportamientos repudiables en las últimas horas bajas, no debe hacer olvidar que la administración socialista, a todos los niveles, ha propiciado transformaciones importantes en la mentalidad y condiciones de vida de los españoles. Recordando el esfuerzo inicial de los hombres de UCD, es obligado reafirmar el protagonismo del PSOE en el proceso que ha conducido a amplias capas a convertirse en sujetos conscientes del quehacer histórico. Teniendo en cuenta la economía como factor determinante en última instancia, conviene reiterar que no sólo de pan vive el hombre, y que, en ocasiones, el reduccionismo economicista del discurso ha vulnerado la orientación socialdemócrata, privándolo de emociones e ideas que configuran el entramado de la política como instrumento fundamental del cambio social. Así, en congresos parece que algunos cantan la «Internacional»

cuando en realidad entonan una chuffa.

En esta dirección, el proyecto socialdemó-

crata ha de diferenciarse del meramente centrista, ya que mientras éste realiza una política convencional con un plus social, aquél tiene que basar su proyecto nacional —derechos sociales, educación, sanidad, infraestructura, orientación solidaria de la economía— en un conjunto de tradiciones específicas y diferenciadas que tengan presente las palabras de Alain Touraine: «El peligro no está en la utopía, sino en el pragmatismo externo. Es necesario volver a ser actores de nuestra historia, en lugar de ser consumidores.» Lamento que compañeros míos incurran en este riesgo, y que, por ello, la percepción del proyecto carezca para algunos de la claridad exigida, confundiendo con los que no son nuestros. El viejo sueño de los demócratas españoles de vincular la nación a Europa, con lo que ello significaba de enfrentamiento victorioso contra el arcaísmo en todas sus formas, se ha realizado apasionadamente y en momentos decisivos en que se forjaba su unidad dinamizada por afanes colectivos en los que la socialdemocracia desempeñó papel esencial.

La integración española en Europa era exigencia principal. Tardó, pero llegó. Sin olvidar los valores comunitarios, ha de ponerse el acento en las necesidades españolas, lo que comporta marginar las actitudes apostólicas del neófito. Tenemos un papel que jugar. Hagámoslo sabiendo que no podemos ser los primeros de la clase. No siempre es bueno querer congraciarse con el profesor —léase la alta burocracia de Bruselas—, aceptando como artículo de fe todas sus lecciones, por cuanto la obediencia debida conlleva, a veces, consecuencias de difícil remedio. A la socialdemocracia correspondió la realización de la secular aspiración europea. Lo hemos conseguido, pero ello no puede confundirse con la supeditación incondicional a lo proclamado en una vieja ciudad a la que nuestros soldados de Flandes llamaron Maestrique. Por último, aunque suene redundante, hemos de afirmar permanentemente que la socialdemocracia es de izquierdas, y que solamente continuándolo siendo cumplirá la función exigida por la estabilidad constitucional, la cual señala las reglas del juego en cuyo campo alternan progreso y reacción.

La naturaleza política, como cualquier otra, tiene miedo al vacío, y si un elemento de la misma deja un hueco, alguien lo ocupará. Si la socialdemocracia se enfrentara con los sindicatos, hiciera caso omiso de los técnicos, profesionales e intelectuales, y no se mostrara receptiva con las aspiraciones de los jóvenes, dejaría de cumplir la ejemplaridad que le incumbe, y su lugar sería ocupado por otra fuerza más radical, con lo que el entramado social quedaría sujeto a vaivenes e incertidumbres. Esto pudiera ser preocupante si hubiera en el PSOE gente que rechazara las sabias palabras de Max Weber: «Casi cada experiencia histórica confirma esta verdad: el hombre no podrá alcanzar lo posible si no tiende de tiempo en tiempo la mano hacia lo imposible.» Mas el PSOE es socialdemócrata, aunque algunos a estas alturas quizá se hayan equivocado de partido.

Sorteo benéfico en favor de
la Asociación Española
contra el Cáncer.
11 de Mayo.

Adquisición de participaciones en
los establecimientos y oficina de
El Jardín de Serrano, (Goya, 6 y 8)

